

ras y crucles palabras que contra mí ha pronunciado, y sólo veo en ella un instrumento de que se ha valido el Altísimo para salvarnos á todos. ¡Oh! ¡cuán bueno, ó mejor, cuán grande sois, amigo mío, por haberlo pensado!

El joven balbució algunas palabras ininteligibles.

—¡Oh! bien sabía yo, continuó Berta entusiasmada, que crais el hombre más bravo y leal de la tierra; pero hoy, Michel, habéis superado mis esperanzas. ¡Pobre muchacho! herido y condenado á muerte, se olvida de sí mismo pensando sólo en salvar á los demás! ¡Oh amigo mío! si mi amor antes me llenaba de contento, ahora me colma de orgullo.

Si en aquel momento hubiese habido luz en la estancia, Berta habría visto ruborizado al mancebo.

A la verdad, no era tan desinteresado el sacrificio del barón como Berta creía: después de tener el consentimiento de su madre para casarse con la mujer á quien amaba, hábasele ocurrido una idea feliz para conseguir el logro de sus deseos, la cual consistía en hacer á Petit-Pierre el favor más importante que en aquellos momentos podía hacerle el más adicto de sus servidores, y aprovechar aquella ocasión para revelárselo todo, pidiéndole en pago la mano de Mary.

Fácilmente se comprenderán ahora el embarazo y el rubor de Michel.

Así es que, permaneciendo frío á pesar suyo á las demostraciones de la joven, limitóse á responder:

—No perdamos tiempo, Berta.—Tenéis razón, amigo, dijo ésta; mandad, estoy pronta á obedeceros, pues acabo de conocer la superioridad de vuestro corazón y talento.—En primer lugar, es preciso que nos separemos.—¿Por qué? preguntó Berta.—Vos iréis á la selva de Touvain, y después de participar á vuestro padre lo que ocurre, os dirigiréis á la bahía de Bourgneuf para embarcaros en *el Joven Carlos* en cuanto esté á la vista. Entre tanto yo iré á Nantes para avisar á la duquesa.—¡A Nantes! ¡vos! ¡olvidáis por ventura qué estáis sentenciado á muerte y os están buscando? Yo soy quien debe ir á Nantes; id vos á Touvain.—*El Joven Carlos* me espera, Berta, y no es probable que el capitán haga lo que otro le diga. Podría ser muy bien que viendo llegar una mujer en vez de un hombre temiese alguna asechanza, y nos viésemos en algún apuro.—Pensad

en los peligros á que os vais á exponer.—Considerándolo despacio, Berta, comprenderéis que quizás es el lugar más seguro para mí. ¿Quién irá á sospechar que condenado á muerte en Nantes me atreva á presentarme en aquella ciudad? Además, no ignoráis que hay momentos en los cuales la audacia es prudencia; y debéis saber que ahora nos encontramos en uno de estos momentos. Dejadme obrar.—He prometido obedeceros, Michel, y os obedeceré.

Y la altiva joven aguardó sumisa como un niño las órdenes del que gracias á su abnegación acababa de tomar á sus ojos colosales proporciones.

Sencillo era el plan que se habían propuesto, y todavía más la proyectada manera de ejecutarlo.

Berta debía indicar á Michel el asilo de la duquesa en Nantes, y las contraseñas necesarias para llegar hasta ella.

Luego debía ir á la selva de Touvain, disfrazada con el traje de Rosina, mientras que Michel se dirigía á Nantes con el vestido de aldeano que le había traído la baronesa.

A no ocurrir algún suceso imprevisto que lo estorbara, *el Joven Carlos* podía zarpár á las cinco de la siguiente mañana, llevándose con Petit-Pierre los últimos vestigios de la guerra civil.

A los diez minutos cabalgaba Michel en el jaco de Courtin, y Berta por su parte se dirigía á la cabaña de Tinguy, para ir en seguida por atajos poco frecuentados á la selva de Touvain.

XXVII

MARCHAS Y CONTRAMARCHAS.

A pesar de los resabios y no escasos esparavanes de que la edad y el trabajo habían dotado al caballo de Courtin, el pobre animal era todavía bastante fuerte para que á Mi-

chel le fuese dado llegar al término de su viaje antes de las nueve de la noche.

La primera parada debía tener lugar en el mesón del *Alba*, y en cuanto hubo el barón traspuesto el puente Rouseau, dióse á buscarlo.

Al conocerle por la muestra, que figuraba un cometa pintado con el ocre más hermoso que el artista pudo encontrar, detuvo el jaco delante de un pilón de madera destinado á dar agua á los caballos de los carreteros que iban de paso.

Como nadie se presentaba á la puerta ante la cual acababa de detenerse Michel, olvidando el humilde traje que vestía, y acordándose tan sólo de la oficiosidad con que salían á recibirle los criados de la Logerie en cuanto llegaba, dió el barón repetidos golpes en el pilón con el palo que en la mano llevaba.

Al oírlos salió del patio de la casa un hombre en mangas de camisa, con un gorro de algodón azul metido hasta los ojos, y cuya cara parecióle á Michel que no le era del todo desconocida.

—¡Cáspital! dijo murmurando aquel hombre, á lo que veo, mocito, sois muy señor para llevar vos mismo el caballo al establo; pues bien, vais á ser servido como un señorito.—Como queráis, respondió Michel; pero responded.—Hablad, dijo el hombre cruzando los brazos.—Deseo hablar al padre Eustaquio, añadió Michel á media voz.

A pesar de lo quedito que el barón habló, el del gorro hizo un gesto de impaciencia mirando en derredor, y aunque sólo vió algunos chiquillos que con las manos cruzadas á la espalda contemplaban al joven aldeano con ingenua curiosidad, asió vivamente del diestro al caballo y dirigióse al patio.

—Os he dicho que deseaba ver al padre Eustaquio, repitió Michel al apearse; y cuando llegaron al sotechado que servía de establo en la posada, volvióse el hombre que le guiaba y dijo:—Lo oí, y de sobra. ¿Creéis acaso que le tengo en la caja de la avena al padre Eustaquio? Pero antes de deciros dónde le hallaréis, ¿de dónde venís?—Del sud.—¿Adónde vais?—A Rosny.—Corriente: en este caso, tenéis que pasar por la iglesia de San Salvador. Id con Dios, señor de la Logerie, y tratad otra vez de bajar un poco la voz cuando habléis en la calle, si descáis llegar al término

de vuestro viaje.—¡Hola! dijo algo admirado el barón, ¿me conocéis?—¡Toma! respondió su interlocutor.—Haced pues que lleven á casa el caballo.—Está bien.

Dió Michel un luis de oro al mozo de la cuadra, quien muy contento con la propina, le ofreció sus servicios; y en seguida, entró sin vacilar en la ciudad.

Cuando llegó á la iglesia de San Salvador, el sacristán estaba cerrando las puertas. La lección que el mozo de cuadra acababa de darle estaba aún impresa en su memoria, y el barón se decidió á observar un rato antes de hacer á nadie la menor pregunta.

Había cinco ó seis mendigos que, antes de dejar el pórtico donde pasaran el día entero impetrando la caridad de los fieles, se habían arrodillado bajo el órgano para hacer la oración de la tarde.

Era muy probable que el padre Eustaquio se encontrase entre ellos, pues estaba encargado de presentar el hisopo.

Peró era muy difícil conocerle por esta seña, pues además de dos ó tres mujeres cubiertas con abigarradas mantas, había tres pordioseros, ninguno de los cuales llevaba hisopo.

Cualquiera de los tres ancianos podía ser el padre Eustaquio. Felizmente tenía el barón otro medio para conocerle: tomó la ramita de acebo que llevaba en el sombrero y Berta le había indicado como una seña por la que sería conocido del padre Eustaquio, y dejola caer al umbral de la puerta.

La pisaron dos mendigos sin pararse en ello.

El tercero, que era un anciano bajo, enjuto y de nariz descomunal, y llevaba un gorro de seda negra, hizo un movimiento al ver sobre las losas las verdes hojas de acebo, y cogió la rama mirando con inquietud en torno suyo.

Mostróse entonces Michel apartándose de la columna detrás de la cual se había ocultado, y el padre Eustaquio, pues él era en efecto, le dirigió una mirada, y sin decir palabra volvió á entrar en la iglesia andando como si se encaminara al claustro.

Comprendiendo Michel que no le bastaba la seña de la rama al padre Eustaquio, llegóse á él diciéndole:

—Vengo del sud.

Estremecióse el mendigo.

—Y ¿á dónde vais? le preguntó.—A Rosny, respondió Michel.

Paróse el mendigo, retrocedió, y dirigiéndose á la calle

hizo una seña á Michel para indicarle que se habian comprendido.

Seguíale el barón á corta distancia.

Pasaron otra vez por delante de la iglesia, y cruzaron parte de la población. Al atravesar un lóbrego y estrecho callejón, detúvose el mendigo algunos momentos ante una puerta baja y oscura practicada en la tapia de un jardín, y después siguió andando.

Notando entonces Michel que su cicerone había puesto la rama de acebo en la argolla que servía de aldabón, conoció que había llegado al término de su viaje, y llamó á la puerta.

Abrióse un postigo que en la misma había, y una voz masculina le preguntó qué quería.

Repitió Michel la contraseña, y fué introducido en una sala baja, donde estaba sentado á la chimenea y leyendo tranquilamente un periódico, con los piés apoyados en los morrillos, un caballero vestido con bata á quien conoció en seguida recordando haberle visto en el castillo de Souday la noche en que el general Dermoncourt se había comido la cena destinada á Petit-Pierre, y también la víspera del combate del Chene, en cuya ocasión le vió con un fusil en la mano.

A pesar de sus pacíficas apariencias, tenía aquel caballero un par de pistolas de dos tiros al alcance de la mano, sobre una mesita en la cual había también recado de escribir.

Conoció desde luego á Michel, y levantándose á recibirle:

—Creo haberos visto en nuestras filas, caballero, le dijo.

—Sí, respondió Michel, me visteis sin duda la víspera del combate del Chene.—¿Y al día siguiente? preguntó el de la bata sonriendo.—Me encontraba en el de la Pénissiere, en donde fuí herido.

El desconocido inclinándose le preguntó:

—¿Queréis hacerme el obsequio de decirme cómo os llamáis?

Dijo Michel su nombre, y consultando su interlocutor una agenda que sacó del pecho, dió muestras de satisfacción.

—Y ahora, caballero, ¿podremos saber el objeto de vuestra venida?—Deseo ver á Petit-Pierre para prestarle un gran servicio.—Dispensad, caballero: no puede vérsese tan fácilmente: bien sé que sois de los nuestros y merecéis toda nuestra confianza; mas ya comprenderéis que las frecuentes idas y venidas en esta casa, que hasta ahora ha guardado

felizmente su secreto, llamarían pronto la atención de la policía. Hacedme pues el favor de revelarme vuestros proyectos, y os daré la respuesta que deseáis.

Explicóle entonces Michel lo que con su madre había pasado; cómo ésta había fletado un buque para libertarle, y cómo se le había ocurrido la idea de destinar este buque para libertar á Petit-Pierre.

Escuchábale el de la bata con creciente atención, y después díjole:

—La Providencia es quien os envía. Era en verdad imposible que á pesar de las precauciones adoptadas y de las cuales vos mismo habéis podido juzgar, la casa en donde se oculta Petit-Pierre pudiese por más tiempo escapar á las pesquisas de la policía. Conviene á nuestra causa, á Petit-Pierre en particular y á todos nosotros en general, que parta cuanto antes, y pues la dificultad de encontrar un buque acaba de allanarse tan felizmente, voy ahora mismo á ver á Petit-Pierre y á recibir sus órdenes.—¿Debo seguiros? preguntó Michel.—Nó; el contraste de vuestro traje de aldeano con el mio os expondría á llamar la atención de los espías que nos rodean. ¿En dónde paráis?—En la posada del *Alba*.—Estáis en casa de José Picaut, y nada hay que temer.—¡Ah! exclamó Michel, bien decia yo que aquella cara no me era desconocida; mas como creía que habitaba entre el Boulogne y la selva de Machecul....—No os equivocabais; es posadero no más que accidentalmente. Id á esperarme en su casa; dentro de dos horas estaré allí solo ó acompañado de Petit-Pierre, según éste acepte ó nó vuestro ofrecimiento.—¿Estáis bien seguro de ese José Picaut? preguntó Michel.—Como de nosotros mismos: si tuviese que tacharle de algún defecto le reprocharía por el contrario de entusiasmo exagerado. Recordad que durante la incursión de Petit-Pierre en la Vendée más de seiscientos aldeanos supieron los puntos donde se refugiaba, y que ninguno de ellos pensó enriquecerse delatándole, rasgo de lealtad que es el mejor título de gloria de aquella pobre gente. Decid á José que esperáis á alguien, previniéndole que por lo tanto esté sobre aviso; bastará que le digáis estas palabras: calle del Castillo número 3; para obtener de él y de los demás comensales del mesón la más ciega y pasiva obediencia.—¿Tenéis que decirme algo más?—Tal vez sea prudente que las personas que acompañen á Petit-Pierre salgan aisladamente de la casa

donde se oculta, y entren de igual modo en la posada: pedid un cuarto con ventana al muelle, no tengáis luz en él, y dejadla abierta.—¿No se os ha olvidado nada?—No; adiós, caballero, ó mejor, hasta la vista. Si conseguimos llegar sin novedad á vuestra embarcación, habréis prestado un gran servicio á nuestra causa. En cuanto á mí, confiésoos que me aquejan vivos cuidados: háblase de crecidísimas sumas ofrecidas á la traición, y mucho temo que nos pierda la codicia de algún malvado.

Salió Michel por una puerta que daba á otra calle, y atravesando presuroso la ciudad, llegó al mesón, donde encontró á José Picaut, que estaba dando instrucciones á un muchacho para que llevase el caballo de Courtin á la Logerie, según el barón le había encargado.

Al entrar Michel en la cuadra, hizo á José una seña que éste comprendió perfectamente, y despidiendo al muchacho, le dijo que su comisión quedaba aplazada para el día siguiente.

—¿No dijisteis que me conocáis? dijo Michel así que estuvieron solos.—Algo más dije, señor de la Logerie, puesto que os llamé por vuestro nombre.—Tengo pues el gusto de decirte que en cambio yo sé también el tuyo: te llamas José Picaut.—No lo niego, respondió el aldeano con socarrona sonrisa.—¿Puedo fiar en tí, José?—Si sois azul, nó; si sois blanco, sí.—¿Con que según eso eres blanco?

Picaut se encogió de hombros.

—Si no lo fuera, ¿encontrárame aquí estando como vos sentenciado á muerte? Ni más ni menos: me han hecho el honor de condenarme por contumaz, y somos iguales ante la ley.—Y estás aquí....—Como mozo de cuadra y nada más.—Preséntame al amo de la posada.

Estaba éste durmiendo, y habiéndosele despertado, recibió á Michel con cierta desconfianza, por cuyo motivo se apresuró el mancebo á pronunciar las cinco palabras:

Calle del Castillo número 3.

Apenas las hubo oído el posadero, cuando depuso toda su desconfianza, poniéndose desde luego á entera disposición de Michel, quien le preguntó:

—¿Tenéis viajeros en la posada?—Uno, respondió el posadero.—¿Qué clase de hombre es?—De la peor que darse puede; es un hombre de quien debemos recatarnos.—¿Le conocéis?—Es Courtin, alcalde de la Logerie y azul furi-

bundo.—¿Courtin? exclamó Michel, ¡Courtin aquí! ¿Estáis seguro?—Yo no le conocía; Picaut es quien me ha avisado.—¿Cuándo ha llegado?—Hará casi un cuarto de hora.—¿En dónde está?—Ha salido después de tomar un bocado, diciéndome que no volvería hasta las dos de la madrugada, pues tenía que hacer en Nantes.—¿Y sabe que vos le conocéis?—No lo creo; á menos que haya conocido á José Picaut, lo cual dudo, pues la luz le daba de lleno en el rostro mientras Picaut permanecía á la sombra.

Michel reflexionó un momento.

—No creo á maese Courtin tan malo como suponéis, replicó Michel; mas debemos recelarnos de él como decís, y conviene sobre todo que ignore mi presencia en la posada.

En esto Picaut, que hasta entonces había permanecido en el umbral de la puerta sin tomar parte en la conversación, acercóse á los dos interlocutores, y dijo al baroncito:

—Si os molesta demasiado, decidlo, y haremos de modo que nada sepa, ó si sabe algo, lo calle. Há mucho tiempo que estoy quejoso de él y quisiera ajustar cuentas.—Nó, nó, dijo vivamente Michel; Courtin es mi colono, débole algunos favores, y sentiría que le sucediera algún percance; á más de que, añadió viendo que Picaut fruncía el entrecejo, no es lo que suponéis.

Meneó José la cabeza sin que Michel lo viera.

—Perded cuidado, dijo el posadero, si vuelve no le perderé de vista.—Bueno; tú, José, toma el caballo que me trajo: conviene que Courtin no le vea en la cuadra, pues es suyo y le conocería al momento.—Está bien.—¿Conoces las riberas del río?—La izquierda, á palmos; la segunda, no tanto.—No importa, basta que conozcas la izquierda, pues en ella es donde tienes que hacer. Irás á Coueron, y frente á la segunda isla verás un buque anclado, *el Joven Carlos*, que tendrá izado el juañete de mesana, ¿oyes?—No lo olvidaré.—Tomarás una lancha, irás á bordo, y cuando te den el *quien vive*, responde: ¡Belle-Ile-en-Mer! Entonces te dejarán subir, entregarás al capitán este pañuelo tal como está (nó, por tres puntas), y dirásle que apareje para zarpar á la una de la madrugada.—¿Nada más?—Nada más. ¡Ah! sí: me olvidaba de decirte que si te portas bien te daré otra moneda como la de anoche.—Vamos, dijo José Picaut, aparte el peligro de ser ahorcado, no es un oficio tan malo el mío; y si me fuese dado mandar de vez en cuando algún

balazo á los azules y vengarme de Courtin, en Dios y en mi ánima que para nada echaría de menos á maese Jaime y sus gazaperas. ¿Y después?—¿Qué quieres decir?—¿Qué haré después?—Te ocultarás á la orilla para aguardarnos hasta que te avisemos con un silbido. Si todo va bien, te acercarás imitando el canto del cuclillo; si por el contrario has notado algo, nos prevendrás con el grito de la lechuza.—¡Cáspita! señor de la Logerie, dijo José Picaut, bien se ve que habéis estudiado en buena escuela: todo eso está muy claro, y mejor combinado. ¡Lástima que no podáis darme mejor cabalgadura! Entonces sí que despacharía el asunto pronto y bien.

Y José salió para desempeñar su cometido.

El posadero condujo á Michel al primer piso, y habiéndole introducido en un aposento de humilde apariencia accesorio al comedor, con dos ventanas que daban al camino, fué á ponerse de observación para acechar á Courtin.

Abrió Michel una ventana, y sentóse en un taburete de modo que no pudieran verle desde el camino por el cual tendía la vista.

XXVIII

DONDE LOS AMORES DE MICHEL TOMAN MEJOR SESGO

A pesar de su tranquilidad aparente, era vehementísima la zozobra del barón.

¡Iba á ver á Mary!...

Y á esta idea se le oprimía el pecho, hinchábasele el corazón, la sangre le circulaba impetuosa por las venas, y, trémulo de emoción, apenas preveía la consecuencia de todo aquello; mas como la firmeza que contra su costumbre había desplegado delante de su madre y de Berta le había dado tan buenos resultados, propúsose mostrar igual entereza delante de Mary, comprendiendo muy bien que había llegado

al parasismo extremo de la situación, y que de su resolución dependía ó una dicha eterna ó una irreparable desventura.

Hacia como una hora que estaba allí, observando ansioso todas las formas humanas que veía venir hacia la posada; y preguntábase si su corazón no se rompería cuando se encontrara en frente de Mary.

De repente divisó una sombra que venía de la calle del Castillo andando ligera, y que á pesar de su femenil vestido, de seguro no era Petit-Pierre ni Mary, no siendo probable que ninguna de ellas viniera sola.

Sin embargo, parecióle que la que iba acercándose alzaba los ojos para reconocer la casa, y después la vió detenerse ante la posada, oyendo en seguida tres golpecitos que á la puerta daban.

Bajó Michel apresurado, y al abrirla conoció á Mary, siendo solamente sus dos nombres todo lo que ambos jóvenes pudieron pronunciar al verse.

El barón asió del brazo á la doncella, llevóla al cuarto del primer piso, y no bien hubo entrado, arrojóse á sus piés exclamando:

—¡Mary! ¡Mary! ¡Con que sois vos! ¡Oh! me parece un sueño! Había pensado tantas veces en este dichoso instante, y tantas mi imaginación había saboreado esta delicia, que aun me cuesta creer que no estoy soñando. ¡Mary, ángel, amor y vida mía! ¡Oh! ¡dejad que os estreche contra mi corazón! —Michel, amigo, dijo la joven suspirando por no poder refrenar el sentimiento que la subyugaba, ¡oh! yo también me alegro de veros; mas decidme: ¿fuisteis herido?—Sí; pero no sufría de mi herida, sino por estar separado de cuanto amo en el mundo. Creedme, Mary, muy sorda y tenaz es la muerte, pues no ha oído mi súplica.—¡Michel! no habléis así, no olvidéis lo que por vos ha hecho la pobre Berta: ya lo hemos sabido, y no me canso de admirarla por su abnegación, de que tantas pruebas os tiene dadas.

Al oír el nombre de Berta, decidido Michel á no acatar la voluntad de Mary, levantóse con presteza y anduvo por la estancia en agitado paso. Viendo Mary lo que en el corazón del mozo pasaba, hizo un supremo esfuerzo, y dijole:

—Michel, en nombre de todo el llanto que he derramado en memoria vuestra, suplicoos que me habléis como á una hermana; no olvidéis que luego vais á ser mi hermano.—¡Yo vuestro hermano, Mary! dijo el mancebo moviendo la cabeza;

jamás, os lo juro.—¡Michel! ¡Michel! ¿olvidáis el juramento que me hicisteis?—Que me arrancasteis cruelmente, querréis decir, abusando de mi amor para exigirme que renunciara á vos. Todo mi sér se subleva á ese juramento, y ninguna fibra de mi cuerpo quiere que se cumpla. Oid, Mary: en los dos meses que no os he visto, sólo en vos he pensado; cuando iba á morir sepultado bajo las abrasadas ruínas de la Pénissiere, sólo en vos pensaba; cuando recibí un balazo en el hombro, sólo en vos pensé; y muerto de hambre, de debilidad y cansancio, siempre, siempre he pensado en vos. Berta sí que es mi hermana, Mary; y vos sois mi amada, mi querida novia, porque vos, Mary, seréis mi esposa.—¡Gran Dios! ¿Qué estáis diciendo, Michel? ¿Habéis perdido el juicio?—No lo tenía muy sano cuando creí que podría obedeceros; pero la ausencia, el dolor y la desesperación han obrado en mí una gran mudanza. No contéis ya con el débil junco que á vuestro soplo se doblaba: por más que hagáis, Mary, seréis mía, porque os amo, porque me amáis, y en fin, porque no quiero engañar por más tiempo á Dios y á mi corazón.—Olvidáis, Michel, que mis resoluciones no varían como las vuestras: yo juré, y cumpliré lo jurado.—Corriente; yo de mí sé deciros que he dejado á Berta para siempre.—¡Amigo mío!...—Formalmente, Mary, ¿para qué creéis que he venido aquí?—Para salvar á la princesa á quien somos adictos.—Para veros, Mary, para veros. Yo soy adicto á vos y á nadie más: ¿quién me inspiró la idea de salvar á Petit-Pierre? Mi amor. ¿Quién sabe si en tal cosa hubiera pensado, á no estar cierto de veros salvándole? No veáis en mí á un héroe, á un semidiós, sinó á un hombre que os ama apasionadamente y por vos expondrá la vida. ¿Qué me importan, decidme, las cuestiones dinásticas? ¿qué tengo yo que ver con los Borbones de la rama primogénita ó con los de la menor, cuando no reclaman mi nombre las páginas de la historia. ni me liga con lo pasado ningún recuerdo? Vos sois mi opinión y mi creencia: con vos hubiera defendido á Luís Felipe, como á Enrique V. Pedidme mi sangre, y os la daré; mas no pretendáis que me preste por más tiempo á una situación intolerable.—Pues ¿qué pensáis hacer?—Decir la verdad á Berta.—¡Nó, Michel, nó!—Mary, os protesto...—¡Nó, nó!—¡Sí tal! creed, Mary, que estoy muy lejos de ser el niño que un día encontrasteis herido y llorando amedrentado al pensar en su madre; sí, y á mi amor debo mi fuerza.

Frente á frente y sin bajar los ojos he mirado á la persona que con su vista me hacía humillar la cabeza y doblar la rodilla: todo lo he dicho á mi madre, y ella me ha respondido: Bien veo que eres hombre; cumple tu voluntad. Y mi voluntad es consagrarme enteramente á vos, y que seáis mi esposa: con que ya veis la cruel lucha en que me habéis lanzado. ¡Yo esposo de Berta! Suponedlo por un instante: no habría ningún tormento igual al de la pobre criatura, á no ser el mío. Cuando niño me refirieron los casamientos republicanos que hacía Carrier, de sangrienta memoria, atando un cadáver á un cuerpo vivo y arrojándolos al Loira. Pues bien, Mary, tal sería nuestra unión; y vos que veríais nuestra agonía, Mary, ¿fuerais más dichosa que nosotros? Nó, resuelto estoy: ó no veré más á Berta, ó la primera vez que la vea la explicaré que mi insensata timidez engañó á Petit-Pierre, que me faltó valor para decirle la verdad cuando aun era tiempo, y si no le digo que no la amo, diréle á lo menos que os amo á vos.—¡Cielo santo! exclamó Mary, ved que la matará el dolor, Michel.—Nó, Berta se resignará, dijo tras ellos Petit-Pierre, que había subido sin que le oyeran.

Volviéronse ambos jóvenes exhalando un grito, y Petit-Pierre prosiguió en estos términos:

—Berta es una noble y animosa doncella que comprenderá lo que le digáis y sabrá sacrificar su dicha á la de los que ama; mas no tendréis que tomaros ese trabajo: ya que cometí la falta ó el error, yo debo repararlo, rogando empero al señor Michel que otra vez sea más explícito en sus confidencias.

Y asiendo del brazo á los dos jóvenes, juntóles las manos.

—Amáos sin remordimiento, les dijo, pues habéis sido más generosos de lo que tenemos derecho á esperar de nuestra mísera especie humana; amáos sin tasa: idichosos los que no llevan más allá su ambición!

Mary bajaba los ojos, estrechando la mano de Michel, é hincando éste la rodilla ante Petit-Pierre, dijo:

—Necesito toda la dicha que me prometéis, para alegrarme de no haber muerto por vos.—¡Morir! no digáis tal. ¡Ay! ya veo cuán inútil es la muerte. ¿Para qué me ha servido la abnegación de Bonneville? Nó, señor de la Logerie, debéis vivir para los que os aman, y vos me habéis dado el derecho de ser uno de tantos. Vivid pues para Mary, y os

respondo de que ella vivirá para vos.—¡Ah señora! exclamó Michel; si todos los franceses os hubiesen visto como yo, y si como yo os conocieran!—Sí, tal vez algún día les debiera el triunfo de mi causa, sobre todo si estuviesen enamorados. Pero hablemos de otra cosa, si os place, y antes de hablar de una nueva batalla, pensemos en la retirada. Mirad si vienen nuestros amigos, pues debo dirigiros otra reconvencción: de tal modo había absorbido Mary vuestra atención, centinela amigo, que hasta mañana hubiera yo aguardado en la calle la señal convenida, á no ver que habíais tomado la precaución de no cerrar la puerta.

No tardaron en llegar las otras dos personas que debían acompañar á Petit-Pierre en la fuga, y comprendiendo que comprometerían su salvación si iban tantos, renunciaron á seguirle.

Atravesaron el puente sin novedad, y Michel siguió la orilla del río precediendo á Mary y Petit-Pierre.

Era la noche tan clara, que no se atrevieron á andar tan al descubierto, y el barón propuso tomar el camino de la aldea del Pelerin, paralela al río, lo cual efectuaron.

Con todos sus inconvenientes, la claridad de la luna ofrecía en cambio algunas ventajas, pues Michel estaba más cierto de que merced á ella no se desviaría del camino, al propio tiempo que de más lejos podía divisar el buque.

Cuando hubieron traspuesto el pueblo del Pelerin, el baroncito ocultó á Petit-Pierre y á Mary en una quebrada, y acercándose al río dió el silbido que debía servir de señal á José Picaut. Este no respondió con el grito de alarma, lo cual comenzó á calmar la inquietud que hasta entonces había experimentado Michel, quien aguardó al chuán por espacio de cinco minutos, y viendo que no comparecía, dió otro silbido más agudo, el cual tampoco obtuvo respuesta.

Figurándose el mancebo que tal vez había equivocado el lugar de la cita, recorrió la orilla y hasta traspuso la isla de Coueron, más allá de la cual no había ninguna isla donde pudiera abrigarse el buque; y sin embargo, este no se veía.

Por lo tanto, debía aguardar en el mismo punto donde había hecho alto, y retrocedió hacia la isla. No sabiendo á qué atribuir la ausencia de José Picaut, á menos que le hubiera sucedido algún percance, sospechó que tal vez lo creído de la suma prometida al que entregara la persona que se ocultaba bajo el nombre de Petit-Pierre había tentado al

chuán, cuya fisonomía no le predispuso en favor suyo. Comunicó sus recelos á Petit-Pierre y á Mary, y aquel movió la cabeza diciendo:

—No es posible; si ese hombre nos hubiese vendido, ya estaríamos presos, y eso no nos explicaría la ausencia del buque.—Tenéis razón: el capitán debía enviar un bote, y no le veo.—Quizás no ha llegado la hora.

En esto el reloj de la aldea del Pelerin dió dos campanadas, cual si estuviese encargado de responder á la objección.

—¿Oís? las dos, dijo Michel.—¿Habíase fijado hora al capitán?—Como mi madre sólo pudo fundarse en probabilidades, indicóle las cinco.—Siendo así no ha podido impacientarse, puesto que llegamos tres horas antes.—¿Qué hacemos? preguntó Michel; es tan grande mi responsabilidad que no me atrevo á obrar por mí mismo.—Tomemos un bote, respondió Petit-Pierre, y busquemos ese buque; toda vez que sabe que conocemos su fondeadero, acaso confía que iremos á encontrarlo.

Anduvo Michel un buen trecho hacia el Pelerin y vió delante una lancha amarrada á la orilla, y de la cual no hacía mucho rato que se habían servido, pues los remos todavía estaban húmedos.

Anunció á sus compañeros é invitóles á ocultarse de nuevo mientras él atravesaría el río.

—¿Sabéis gobernar una lancha? preguntó Petit-Pierre.—Confiésoos, respondió Michel corrido de su ignorancia, que no soy muy diestro.—Pues iremos con vos, dijo Petit-Pierre, y os serviré de piloto. Muchas veces he ejercido por entretenimiento ese oficio en la bahía de Nápoles.—Yo le ayudaré á bogar, dijo Mary; mi hermana y yo hemos atravesado á menudo el lago de Grandlieu.

Embarcáronse los tres, y cuando estuvieron en medio del Loira, Petit-Pierre, que desde la popa miraba en dirección al curso del río, exclamó, extendiendo el brazo hacia Paimboeuf:

—¡Allí está! ¡allí está!—¿Qué? preguntaron Mary y Michel.—El buque, allí, mirad.—No, dijo el barón, no puede ser él.—¿Por qué?—Por que se aleja en vez de acercarse á nosotros.

En este momento llegaban á la isla: saltó Michel á tierra, y después de ayudar á bajar á sus compañeras, corrió sin dilación al otro extremo.

—Es el buque que buscamos, dijo volviendo á Petit-Pierre y Mary. ¡A la lancha! ¡a la lancha! y rememos con todas nuestras fuerzas.

Entraron otra vez en el esquife, y mientras Petit-Pierre empuñaba de nuevo el timón, Mary y Michel pusieron á bogar con gran brío y ardor.

Ayudado de la corriente, el bote avanzaba ligero, y había probabilidad de alcanzar la goleta si esta conservaba la misma marcha; pero de pronto vieron que el *Joven Carlos* desplegaba todas sus velas, aprovechando el viento que comenzaba á soplar. Apoderóse entonces Michel de ambos remos, y púsose á bogar con frenesí, pues en un segundo había calculado todas las consecuencias que iba á tener la partida de la goleta. Quería llamar, gritar; pero Petit-Pierre se lo impidió en nombre de la prudencia.

—Está visto, dijo éste, cuya jovialidad triunfaba de todas las vicisitudes de la fortuna, que la Providencia no quiere que me ausente de mi querida Francia.—¡Ah! exclamó el barón, ¡con tal que fuese la Providencia!—¿Qué queréis decir? preguntó Petit-Pierre.—Temo alguna negra maquinación.—Desechad tales ideas, amigo mío: habrán equivocado la fecha ó la hora, y nada más. Por otra parte, ¿quién nos dice que habríamos burlado la vigilancia de los cruceros que hay en la boca del Loira?

Sin embargo, sin ceder Michel á las razones de Petit-Pierre, continuaba lamentándose: quería arrojarse al agua y llegar nadando á la goleta, que poco á poco iba desapareciendo entre las nieblas del horizonte, y costóle algo á Petit-Pierre calmar su afligido ánimo, para lo cual hubo de apelar á la mediación de Mary.

Al fin, Michel soltó desalentado los remos.

Eran ya las tres, y dentro de una hora amanecería. Como no había tiempo que perder, dirigieronse á la orilla y dejaron el bote casi en el mismo sitio donde lo encontraron. Decididos ya á regresar á Nantes, importaba verificarlo antes de que clarease, y por el camino se golpeó Michel la frente diciendo:

—Temo haber cometido una torpeza.—¿Cuál? preguntó la duquesa.—La de no volver á Nantes por la otra orilla.—Todos los caminos son buenos cuando se siguen con prudencia; además, ¿qué hubiéramos hecho con el bote?—Lo habríamos dejado á la otra orilla.—Y los pobres pescadores

á quienes pertenece hubieran perdido un día buscándolo. Vale más molestarnos un poco que costar un pedazo de pan á unos infelices que tal vez no lo tienen de sobra.

Llegados al puente Rousseau, Petit-Pierre insistió para que Michel le dejara entrar en la ciudad sin más compañía que la de Mary: pero el barón de ningún modo quiso consentirlo: quizás se consideraba muy dichoso al lado de Mary para decidirse á dejarla tan pronto, y todo lo que de él pudieron obtener fué que, en vez de ir delante ó en la misma línea, fuese detrás y algo apartado.

Al cruzar la plaza del Bouffay, cuando Michel doblaba la esquina de la calle de San Salvador creyó oír pasos detrás, y volviéndose con presteza, á la débil luz de los faroles divisó á unos cien pasos un hombre que al notar su inesperado ademán arrimóse á una puerta. El primer impulso de Michel fué lanzarse en seguimiento de aquel hombre; mas reflexionando que entretanto Petit-Pierre y Mary se alejarían y no sabría dónde hallarlos, corrió por el contrario adelante y alcanzólos.

—Nos siguen, dijo á Petit-Pierre.—Bien, que nos sigan, respondió éste con su habitual serenidad. No nos faltan medios de desorientar á cualquiera que nos aceche.

Entraron en una calle transversal, y á poco trecho se hallaron al extremo de la callejuela que Michel había ya seguido, la cual conoció al ver la puerta donde el mendigo había colgado la rama de acebo.

Dió en ella Petit-Pierre tres aldabonazos á intervalos desiguales, abrióse la puerta como por encanto, y cuando el barón vió dentro á sus dos compañeros, dijo:

—Ahora veré si aquel hombre aun nos espía.—Nó, nó, dijo Petit-Pierre; estáis condenado á muerte, no lo olvido, y como nos amenazan iguales peligros, tomemos iguales precauciones. Entrad pronto.

En esto apareció en la escalera el sugeto que en la tarde anterior había recibido á Michel: llevaba la misma bata y casi podemos decir que aun dormía. Al conocer á Petit-Pierre alzó los brazos al cielo, y aquél le indicó la puerta detrás de él entreabierta, diciendo:

—Nó la puerta de la casa, sino la del jardín; es probable que dentro de diez minutos esté cercada la casa. ¡A la campanilla! ¡a la campanilla!—Pues seguidme.—Os seguimos, y siento en el alma haberos molestado tan temprano, amigo

Pascal; tanto más, cuanto que mi visita quizá os obligue á mudar de habitación si no queréis que os prendan.

Abrióse la puerta del jardín, y antes de trasponerla el baroncito alargó el brazo para asir la mano de Mary. Vió Petit-Pierre el ademán, y empujando á la doncella hacia el mancebo, la dijo:

—Vamos, abrazadle, ó á lo menos dejad que os abrace: delante de mí está permitido, pues os sirvo de madre y hallo que el pobre mozo lo merece. ¡Así! Ahora vos vais por un lado y nosotros por otro. Perded cuidado, que mis asuntos no me impedirán mirar por los vuestros.—¿No podré volver á verla? preguntó tímidamente el mancebo.—Es peligroso, os lo aseguro, respondió Petit-Pierre; mas ¡qué diantre! diz que hay quien protege á los enamorados, y en él confío. Calle del Castillo, número 3. Os permito una visita, una sola ¡lo oís! ya procuraré devolvérsela.

Y habiendo tendido á Michel una mano que éste besó con respeto, dirigióse Petit-Pierre con Mary á la ciudad alta, en tanto que el mancebo se encaminaba hacia el puente Rousseau.

XXIX

DONDE COURTIN QUEDA CHASQUEADO

Mala velada fué para Courtin aquella en que la señora de la Logerie le obligó á pasarla á su lado. Con el oído aplicado á la puerta escuchó toda la conversación de la madre y del hijo, y por consiguiente toda aquella historia de la partida.

Como la marcha de Michel estorbaba todos los proyectos que por tanto tiempo había acariciado, poco satisfecho de la honra que la baronesa le dispensaba, hubiera querido re-

gresar pronto á la Logerie. Creía que evocando el recuerdo de Mary retardaría á lo menos la fuga de su joven amo, pues no debemos olvidar que en partiendo el señorito, perdía el hilo con cuya ayuda confiaba penetrar en el misterioso laberinto donde se ocultaba Petit-Pierre. Sin embargo, al verse de nuevo en su casa la señora de la Logerie había cambiado de ideas: al traer consigo á Courtin sólo pensaba en ocultarle la marcha de su hijo y librar á éste de sus preguntas y espionaje; mas era tal el desorden en que halló su casa, abandonada por algunas semanas á una compañía de soldados, que en vista de lo que á sus ojos tomaba las proporciones de catástrofe, olvidó sus primeras ideas sobre la poca confianza que el alcalde de la Logerie merecía, y detúvole con empeño á su lado para que se hiciera eco de sus quejas.

Expresada con sincera energía, la aflicción de la señora de la Logerie impidió á Courtin dejarla bajo cualquier pretexto para ir á ver lo que en la granja pasaba.

Por lo demás, era muy sagaz para no haber comprendido que la baronesa quería alejarle del mancebo; con todo, parecióle tan verdadero el pesar que la causaba la vista de los platos rotos, de los espejos quebrados, de las alfombras manchadas y del salón trocado en cuerpo de guardia é ilustrado con expresivos aunque toscos dibujos, que dudó de su primera impresión, pensando por lo mismo que no habrían inspirado desconfianza contra él á su joven amo, y que con facilidad sabría alcanzarle antes de que se hubiese embarcado.

Eran las ocho de la noche cuando la baronesa volvió á subir á su coche después de lamentar por última vez las tropelías cometidas en su casa de la Logerie, y apenas Courtin hubo dicho al postillón: Camino de París, dió á correr con dirección al cortijo, sin escuchar las últimas recomendaciones que su ama por la portezuela le dirigía.

Llegado á la granja, supo por su criada que á eso de los dos los señoritos Michel y Berta se habían marchado á Nantes, y corrió al establo para ensillar la jaca á fin de alcanzar á los fugitivos, antes de que con su precipitación diera tiempo á la fámula para enterarle del modo de locomoción que Michel había adoptado. Viendo el establo vacío, animóse Courtin al pensar en el moderado paso de su caballo, y proveyéndose de dinero y á todo evento de las insignias de su dignidad de alcalde, echó á andar más que de prisa tras del